

su reinado; deseaba á justo título, dicen otros, romper la omnipotencia de los adoradores de la tradición escrita. Puede creerse que si tan fuertes palabras de los sabios antiguos han quedado en las obras clásicas, no será por el valor de los cortesanos letrados, sino más bien por la indiferencia de los amos. Las palabras no significan nada ó suenan en falso cuando la enseñanza que las completa les quita el verdadero sentido: son como cuerpos extraños que se enquistan en el organismo.

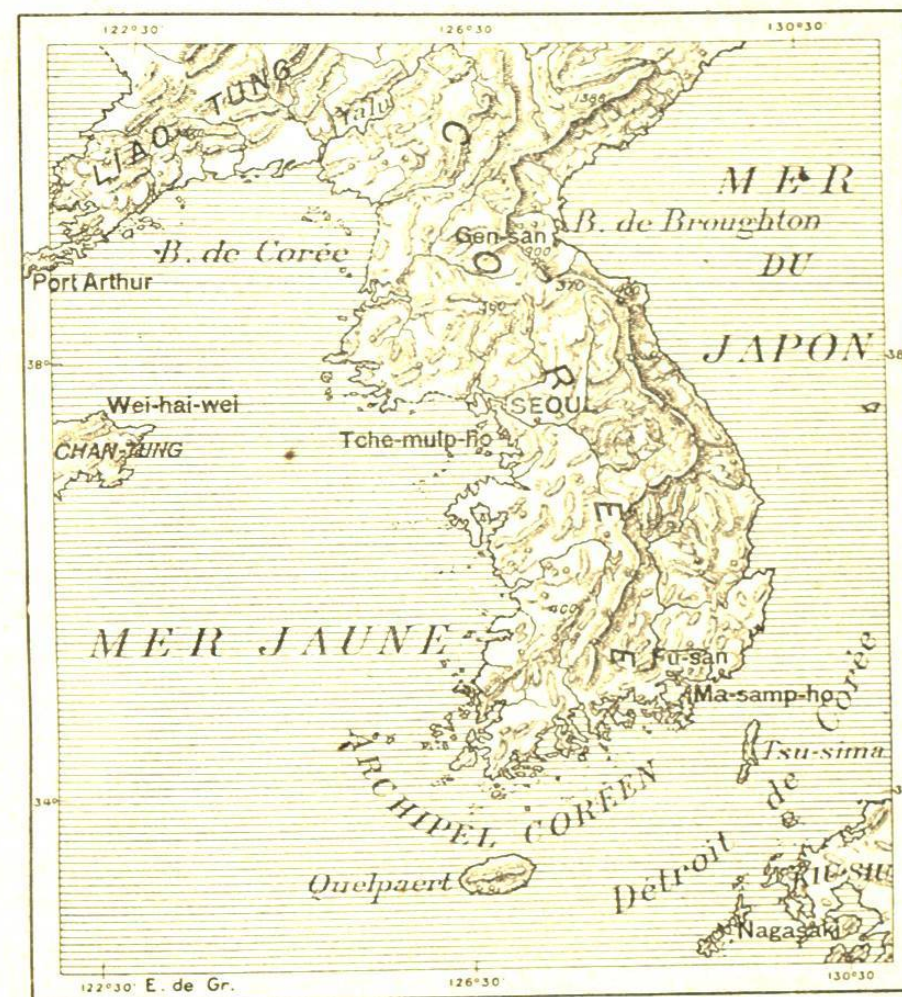
La solidaridad en todas las obras humanas, desde el pacífico trabajo de los campos hasta la peligrosa rebeldía armada, es uno de los rasgos característicos más notables del carácter chino, que se resume en esta máxima, maravillosa en su claridad, que cita de Pouvourville: «Ningún hombre en la eternidad podrá ser completamente feliz mientras subsista un desgraciado. La desgracia de un solo ser es una imperfección que impide al universo la felicidad de ser perfecto y completo».

Las enseñanzas que persistieron mejor, porque respondían al genio conservador de la nación china, fueron las de Confucio (Kung-fu-tse), el filósofo sencillo, correcto, extraño á toda pasión y á toda fantasía, el fiel observador de todas las convenciones y de todos los deberes estrictamente jerarquizados. «Todas las virtudes tienen su origen en la etiqueta», más aún «la etiqueta forma y fija el carácter» son palabras que se atribuyen á Confucio. Ese respeto á los «deberes» de toda clase, incluso las reverencias, los cumplimientos, la forma y la duración de las ceremonias, constituye un curso de moral, designado muy justamente por el término de Uan-li ó de los «diez mil ritos». Hay, en efecto, á lo menos diez mil, y el hombre culto se encuentra cogido, como en una argolla de hierro, en mallas de obligaciones que acaban por convertirse en mecánicas, pero que no por eso dejan de privar al individuo de gran parte de su iniciativa.

Y sin embargo, la filosofía de Confucio, que se acomoda á todo ese formalismo ocioso, es una especie de positivismo. «¿Cómo se pretende saber algo del cielo, decía, cuando es tan difícil formarnos una idea clara de lo que sucede en la tierra?» Los mismos emperadores, educados en la escuela de los mandarines moralistas, han suscitado frecuentemente la desconfianza del pueblo contra las supersticiones

esparcidas por los sacerdotes, y éstos son formalmente excluidos como indignos de toda ceremonia donde se muestre el «Padre y Madre» de sus súbditos.

N.º 226. Contraste de las Costas Coreanas.



1 : 7 500 000  
0 100 250 500 Kil

Tales eran en el Oriente chino las enseñanzas y los usos oficiales, hace dos mil años, en la época en que por un notable paralelismo histórico, los filósofos de Grecia y los de China habían igualmente estudiado los problemas de la existencia y formulado las reglas de la ética. Pero de una parte y otra, aunque con grandes variantes en



los detalles, el período de las investigaciones filosóficas fué seguido de una gran reacción durante la cual unas religiones de nuevo tipo, en Occidente bajo la forma cristiana, en Oriente bajo la forma budhista, vinieron á bordar sus ritos sobre el viejo fondo de los cultos naturistas, fetichistas y animistas.

Lo que distingue principalmente la evolución de la historia china, comparada á la evolución correspondiente de Occidente, es su carácter notable de unidad geográfica. A consecuencia de la forma de la comarca, donde toda actividad se dirige hacia el centro, rechazada de las altas montañas, de las mesetas infranqueables del contorno y de las regiones habitadas por nómadas bárbaros, el movimiento que se producía en China permaneció hasta el período búdhico, muy débilmente influido por el mundo exterior. En Occidente, al contrario, la gran variedad de formas geográficas que facilitan el contacto entre los diferentes pueblos, cada uno en distinto grado de cultura, debía producir para el conjunto mayor movilidad de aspectos. Aplicando términos físicos, se puede decir: que la civilización oriental y la de Occidente se hallaban animadas, la primera de un movimiento centripeto, la segunda de un movimiento centrífugo.

Sin embargo, no podían menos de establecerse ciertas comunicaciones de una extremidad á otra del mundo por el lento vaivén de los cuentos, de las leyendas, de las narraciones de pueblo á pueblo y de los cambios de productos. Los descubrimientos hechos desde hace algunos años, — como piezas romanas en el Chan-sí, — y el examen más inteligente de antiguos documentos y hallazgos, dan alguna luz sobre el comercio que se practicaba entre los imperios de Roma y de China. Se exportaba de Asia hierro y sederías, pero la ley de la oferta y la demanda ejercía ya sus efectos; durante mucho tiempo recibieron los Romanos las sedas teñidas y tejidas; después, en tiempo de Augusto, se nos asegura, observando los patricios que el tinte chino no era tan brillante como el que los Alejandro podían obtener, fueron á comprar lejos la seda cruda y la hicieron teñir en Egipto. Hasta se han hallado en China tejidos de seda que, por su dibujo, se revelan como de fabricación occidental. Posteriormente, por el contrario, el tejedor chino se adaptó á los deseos de la clientela romana; se poseen tejidos de seda encontra-

dos los unos en Antinoe, los otros en el templo de Nara, en el Japón, que ostentan la misma ornamentación: los blancos habían suministrado el modelo, los amarillos pusieron la mano de obra. Por otra parte, los Chinos importaban tapices, cristalería y porcelanas. Y no es que ellos crearan esta última industria, sino que, en tanto que los Sirios perdían el secreto, los Orientales la perfeccionaban hasta tal punto que su producción en porcelana fina no ha podido ser igualada hasta nuestros días <sup>1</sup>.

Hasta en la historia escrita, hechos bien demostrados prueban que resonaban ecos directos entre los dos centros del Mediterráneo y de las Tierras amarillas.

Cuando la conmoción causada en toda el Asia por las conquistas de Alejandro el Macedonio, las poblaciones orientales resistieron también el choque, y quizá por imitar al vencedor de Darío Chi-Hoang-ti fué arrastrado por la locura de las conquistas, tan contraria al genio pacífico de los agricultores chinos. Después, hace unos dos mil años, otra guerra puso directamente en contacto los Orientales del Hoang-ho con los Griegos: el emperador Wu-ti quiso obtener algunos de esos famosos caballos «niseanos», que se decía habían bajado del cielo, y se pretendía que arrojaban fuego por las narices, y se siguió una guerra de conquista con el Ta-Yuan, la «Gran Ionia» ó «Gran Grecia», — el Ferghana actual — y, después de quince años de luchas que costaron la vida á trescientos mil hombres, el emperador de China acabó por obtener diez de esos caballos maravillosos, nobles corredores turkomanos, que, en efecto, sudan sangre, á causa de las filarias casi imperceptibles que anidan en su mucosa nasal. Por último, Roma y China estarían en comercio directo en la época de los Antoninos, puesto que los anales chinos mencionan un soberano extranjero, Antun, que pidió la amistad del emperador «Celeste».

La acción de la civilización china hubo de hacerse sentir desde las edades antiguas sobre todas las comarcas del Este y del Sud con las cuales tenía comunicación fácil por medio de brazos de mar ó valles fluviales: la Corea, el Japón, Formosa, Hainan, el Tong-king y el Annam recibieron ciertamente del Reino Florido una parte considerable de su haber

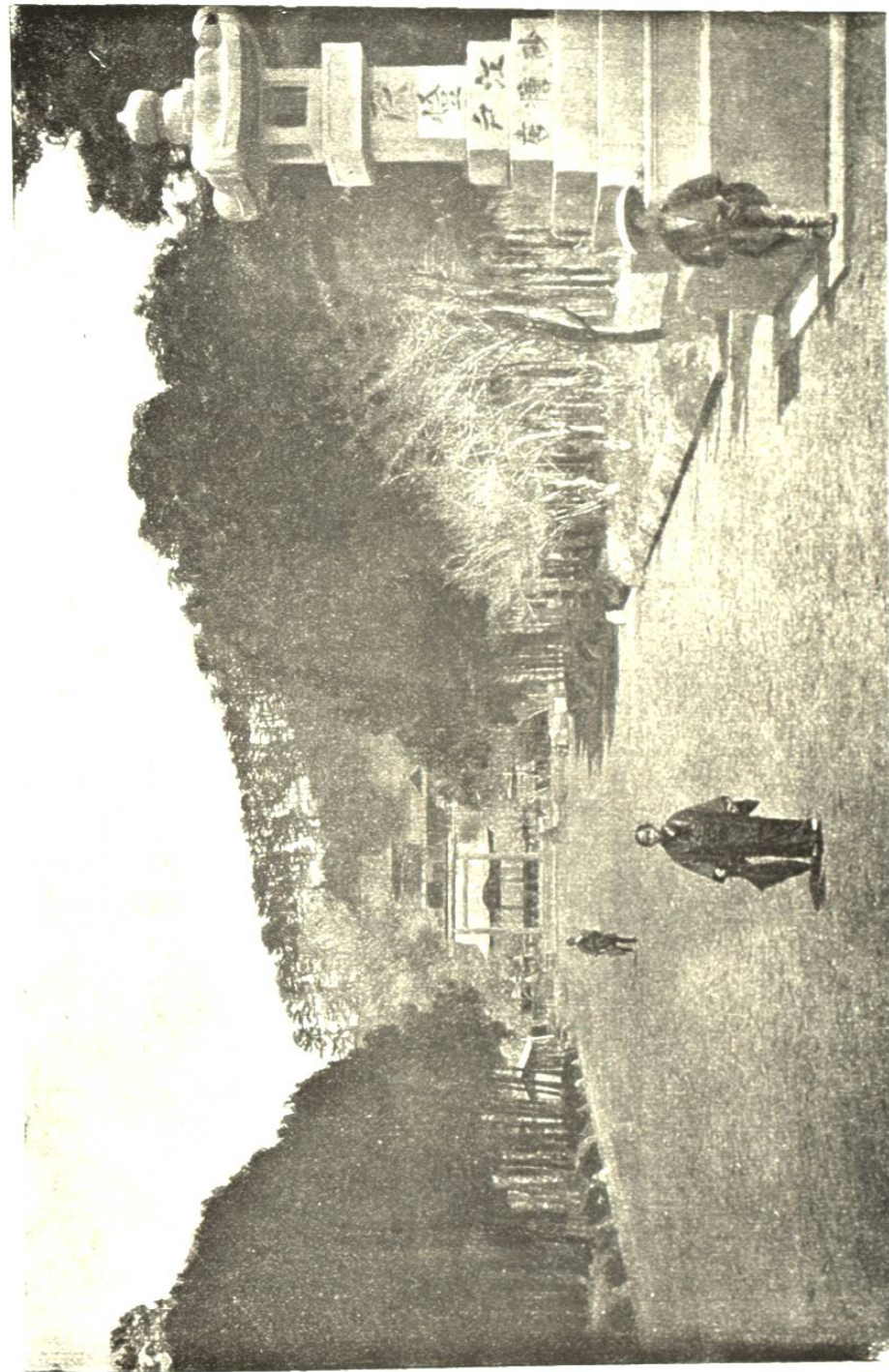
<sup>1</sup> P. G. M. Stenz, *Globus*, 1903, I, p. 294. — E. Guimet, *Société Normande de Géographie*, 1898, p. 9. — *Symboles asiatiques trouvés à Antinoë*, p. 8.



intelectual, aunque se haya hecho el silencio sobre los orígenes lejanos.

La península coreana, á la cual han dado los Chinos el nombre de Tchao-sien ó «Serenidad de la mañana», porque se halla, en efecto, á la «mañana», al oriente del imperio, atestigua por esta misma denominación su estado de independencia natural relativamente al Reino del medio. De la China han recibido los Coreanos la forma exterior y el fondo de su civilización, sus ciencias, sus industrias y sus artes: no podía ser de otro modo, en atención á los contornos y á la orientación de la comarca. La costa coreana se baña al Oeste en las amarillentas aguas del mar de China, y precisamente por ese lado la Corea presenta su vertiente de acceso fácil y por allí se abren las bahías más anchas y desembocan los ríos más caudalosos, que riegan las llanuras fértiles y populosas. El desarrollo total de las costas que miran hacia China, como para recibir sus efluvios, representa, con sus escotaduras, cerca de un millar de kilómetros, en tanto que del lado del Norte y del Este, el litoral abrupto, sin recortes profundos, describe una larga curva regular, como para rechazar el extranjero, no siendo hospitalaria hasta su extremidad meridional, separada del archipiélago del Japón por una estrecha manga. Por esta tierra avanzada se hicieron, durante el curso de la historia, los cambios pacíficos y las invasiones guerreras entre el continente y las islas japonesas.

Desde Carl Ritter se ha comparado frecuentemente Corea á Italia, y de hecho las dos penínsulas se parecen mucho. La superficie de una y otra es la misma á corta diferencia, y la disposición general del relieve presenta grandes analogías. Corea tiene su hemicíclo de los Alpes, pero un hemicíclo incompleto, en el Tai-peí-chañ ó «Gran montaña blanca»; posee también su arista de los Apeninos en los montes que se prolongan á lo largo de la costa oriental hasta los promontorios dirigidos hacia el Japón; por último, como Italia, Corea se divide en diversas provincias naturales, que fueron otros tantos Estados y conservaron mucho tiempo su autonomía. Pero si los dos cuerpos peninsulares son materialmente contruídos sobre el mismo modelo, ¡cuán diferente fué su significación histórica, como consecuencia del gran contraste de las tierras! Todo depende del conjunto de las energías locales comparadas á las de las naciones que les rodean: del mismo modo que en la novela de Swift, el hombre,



TEMPLO DE KAMARU, CERCA DE YOKOHAMA





TIPOS AINOS

De una fotografía.

Gulliver, es alternativamente el más débil ó el más fuerte de los seres, según se encuentre en medio de gigantes ó de enanos. En tanto que en el Mediterráneo, Italia se equilibra perfectamente en dimensiones y en importancia natural con las otras dos penínsulas del Este y del Oeste, Balcania é Iberia, y, gracias á su posición central en el mundo civilizado, hasta adquiere por muchos siglos una preponderancia política absoluta, no disputada aún por los bárbaros del Norte, Corea, la Italia del extremo Oriente, aprisionada



entre sus dos poderosas vecinas, ha debido casi siempre gravitar en su órbita y jamás se irguió en arrogante independencia. Además, los períodos de autonomía relativa, debidos á la rivalidad celosa de China y del Japón, se aprovecharon frecuentemente por las diversas provincias, deseosa cada una de reconquistar su personalidad política. Cuando Corea aparece por primera vez en la historia, unos dieciséis siglos antes de nuestra época, la península comprendía varios Estados distintos, uno de los cuales hacia el centro, se componía de «setenta y ocho reinos», y las influencias enemigas, al norte y al centro, la de China, al sud la del Japón, reinaban sobre las poblaciones de la península <sup>1</sup>.

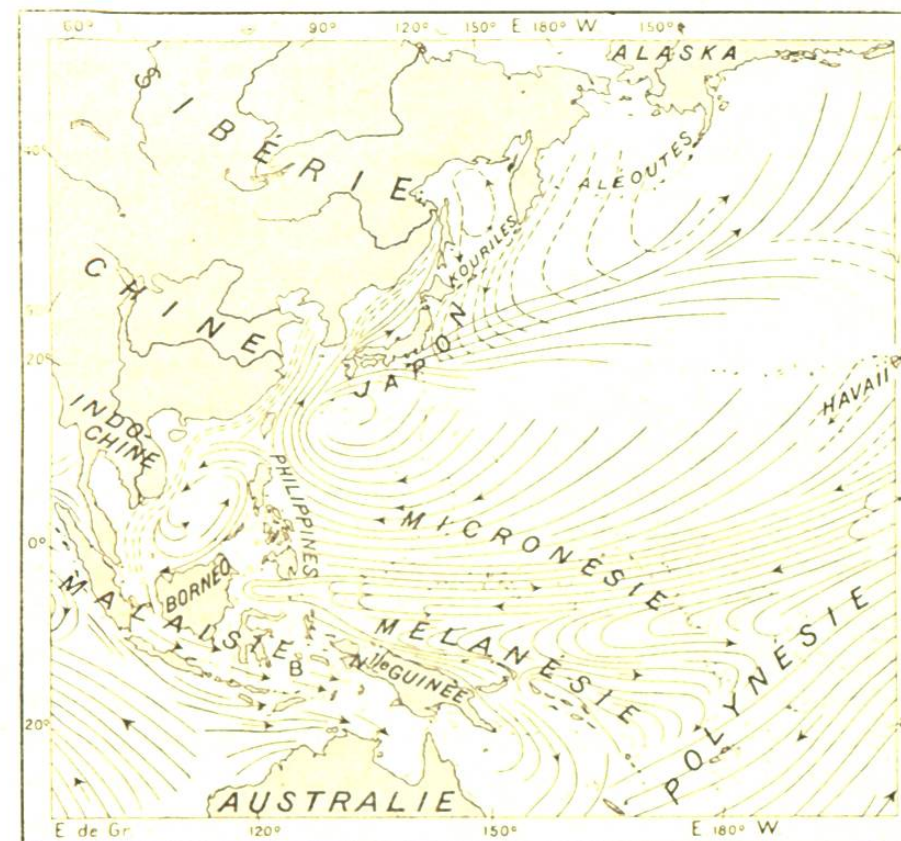
El nombre mismo del Japón, como el de Corea, atestigua su dependencia relativamente á China. Conocido primeramente de los Europeos bajo el nombre de Zipango, modificación del chino *erl pien kvuo*, que significa «Imperio del Sol Levante», indica claramente las islas situadas al oriente de la gran tierra. Esta posición determinaba de antemano las condiciones en que había de desenvolverse la civilización del archipiélago: el núcleo de origen no podía hallarse más que en la llanura de los aluviones acarreados por los dos grandes ríos chinos; sin embargo, la distancia por mar es bastante considerable, unos mil kilómetros entre la orilla de la China propiamente dicha y las costas meridionales de Kiu-siu, la isla que termina al Sud la miriada de las tierras japonesas. Estas, aunque destinadas á recibir de la poderosa nación vecina el fermento de actividad intelectual, permanecieron, no obstante, mucho tiempo aisladas en su mar de frecuentes brumas; no se hallaban en comunicación con el mundo civilizado del continente sino por el largo rodeo de la península de Corea y únicamente por su extremidad del Sud: todo el resto del archipiélago recurvaba su hemicírculo montuoso frente las costas salvajes de la Mandchuria, habitadas en todo tiempo por poblaciones de pescadores y de cazadores.

Las islas japonesas pertenecían también en los tiempos prehistóricos á tribus de costumbres muy primitivas; hasta se han encontrado en varios puntos restos de festines de antropófagos. Los Japoneses de diversas razas vivieron mucho tiempo en el salvajismo

<sup>1</sup> Pützmaier, *Nachrichten von den alten Bewohnern des heutigen Korea*.

primero, hasta el día, dice la leyenda, en que el famoso emperador chino Chi-Hoang-ti envió al archipiélago trescientas parejas jóvenes para coger allí la «flor de la inmortalidad» <sup>1</sup>.

N.º 227. Corrientes del Pacífico Occidental.



1: 100 000 000

0 1000 3000 6000 Kil.

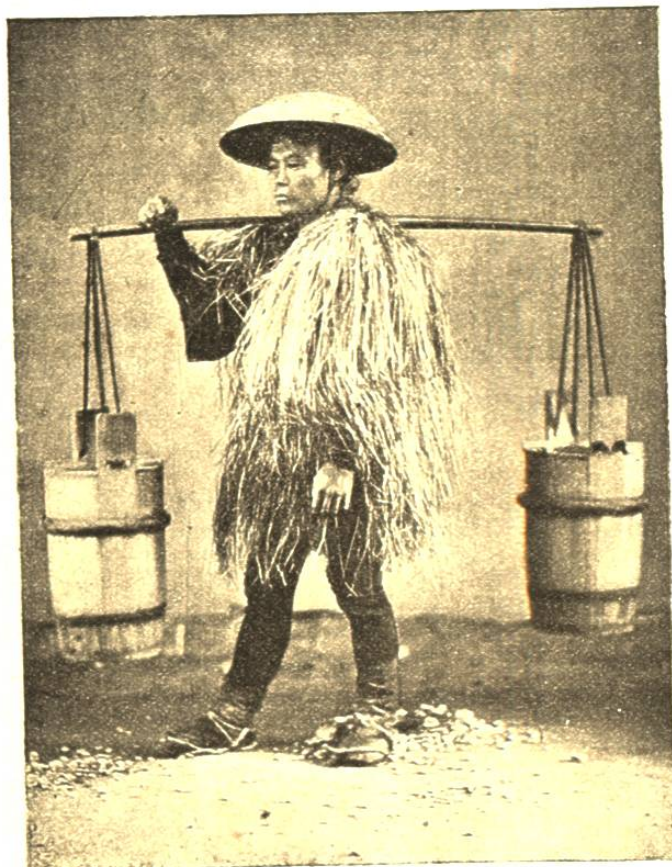
Las líneas de rasgos interrumpidos indican corrientes frías.

Entre las comarcas que pueden comunicarse con el archipiélago del Japón, China era la única que pudiera ayudarle á desarrollar la cultura intelectual y moral de la nación; pero los elementos étnicos cuya mezcla constituyó el pueblo japonés, vinieron de otra parte. Algunos antropólogos y geógrafos han emitido la hipó-

<sup>1</sup> Du Halde, *Description de la Chine*, 1735.



tesis que los habitantes del Nippon pertenecen en gran parte á la raza blanca<sup>1</sup>, pero esta opinión no se apoya sobre ninguna prueba histórica, ni aun sobre ningún indicio. En realidad, los que la ima-



CAMPELINO JAPONÉS

De una fotografía.

haber sido guiados por una idea preconcebida, la que sostiene que la iniciativa y el progreso intelectual son privilegios de la raza blanca, durante mucho tiempo designada por el término de aria. Los admirables progresos realizados recientemente por la nación japonesa no hubieran podido explicarse, piensan los autores indicados en su egoísmo

<sup>1</sup> Marton, Whitney, Müller, Vivien de Saint-Martin.

acción de la tempestad: el desenvolvimiento del archipiélago sobre una longitud de unos dos mil kilómetros de Norte á Sud, en medio de mares recorridos por diversas corrientes, facilita las inmigraciones de orígenes diferentes en la cadena insular.

Un elemento especial bien distinto es el de los Ainos, que pueblan todavía una parte de la isla septentrional y que se sabe habían ocupado en otro tiempo la gran isla central, Hondo, hasta la región más fértil del país donde se eleva la capital actual; pero el empuje constante de las poblaciones meridionales rechazó esos aborígenes hacia el estrecho de Tsugar. En muchos puntos fueron exterminados, pero casi en todas partes se sometieron sin combate, á causa de la inferioridad de sus armas y se fundieron poco á poco con los vencedores. Se reconoce en las provincias del Norte el cruzamiento de los dos tipos, y las mujeres principalmente, el elemento conservador por excelencia, representan todavía la nación desaparecida, por la forma de los rasgos aplanados, la abundancia y el corte de la cabellera, la pequeñez de los ojos y el espesor de los labios; en ellas puede verse bien el parentesco con los Esquimales de las Kou-



NOBLE JAPONÉS

De una fotografía.



riles y de las Aleutianas<sup>1</sup> y con **las** tribus cazadoras del continente vecino. Por lo demás, los Ainos **se parecen** también á los Europeos por el matiz de la piel, blanca bajo **la** capa de grasa, por la amplitud de la frente y la capacidad del **encéfalo**, evaluada en 1470 centímetros cúbicos por término medio: por **su** inteligencia natural son iguales á los blancos de Europa, y la **nación** japonesa ha podido sacar de



NIÑOS JAPONESES

De una fotografía.

ese fondo primitivo la savia de su **pensamiento**. La mayor parte de los viajeros se admiran de la gran **semejanza** que los Ainos presentan con los mujiks más ó menos **cruzados** de la Gran Rusia. El traje, de telas fabricadas con corteza de **árbol**, se acerca también mucho al de los campesinos de Moscovia, **y** la suciedad de las aldeas añade un rasgo al carácter semi-ruso que **presenta** el conjunto: el olor que existe en las habitaciones ainas es **tal**, que se recomienda á los viajeros se aparten de esas viviendas.

Al elemento aino, que parece **no** haber tenido la mayor parte en la formación de la nación **japonesa**, se juntaron tribus de otro

<sup>1</sup> Rimsky Korsakof, Savage Landor.

origen. Primeramente los Yamatos, á los que se considera como los Japoneses por excelencia y que tenían en otro tiempo por territorio exclusivo todo el litoral del Pacífico, desde la bahía de Yedo hasta la punta meridional de Kiu-siu: ellos fueron los que acabaron por predominar sobre todos los otros contingentes, y su lengua, fuertemente asociada al Chino, ha llegado á ser la de todo el archipiélago.



CASA DE CAMPO EN YOKOHAMA

De una fotografía.

Se imagina que esos Yamatos descenden de los aborígenes ó primeros ocupantes, venidos del continente vecino, mucho antes que los Baks llegasen de Occidente y hubiesen modificado el equilibrio de las poblaciones orientales. Con frecuencia se aumentaron con grupos de emigrantes que habían seguido la misma vía que los primeramente llegados, Chinos, Mandchues y Coreanos. Estos, que fueron los civilizadores de los Yamatos, penetraron muy frecuentemente en el archipiélago, unas veces como conquistadores, otras como colonos pacíficos. Los Kinasos, ó Yusus, que constituían antiguamente una población distinta sobre la costa occidental de la isla Kiu-siu y sobre